

cual adorarán á Jesucristo los judíos, en otro tiempo los primeros, y entonces los últimos, segun la prediccion que hizo á los romanos el apóstol de las gentes, que era israelita: “No quiero, hermanos míos, dejaros ignorar este misterio (para que no seais sábios á vuestros propios ojos): una parte de los judíos está en la obcecacion (1) hasta que entre en la Iglesia la plenitud de las naciones. Y despues se salvará todo Israel segun está escrito: Saldrá de Sion un libertador que desterrará la impiedad de Jacob.”

CAPITULO XXVIII.

RESURRECCION DE LAZARO.—PERPLEJIDAD DE LOS
JUDIOS.—PREDICCION DE CAIFAS.

“Y habia un hombre enfermo llamado Lázaro, de Bethania, del pueblo de María y de Marta su hermana. (Y María era la que ungió al Señor con perfumes y enjugó sus piés con los cabellos, y su hermano Lázaro estaba enfermo). Enviaron, pues, sus hermanas hácia Jesus diciendo: Señor, el que amas está enfermo. Y oyéndolo Jesus les dijo: Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella. Y Jesus amaba á Marta, á su hermana María y á Lázaro. Mas cuando supo que éste estaba enfermo, permaneció todavía dos dias en el

(1) *Obcecacion.* La palabra *porosis* puede significar obcecacion, dureza y obstinacion.

mismo lugar (*), y despues dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á Judea. Dícenle los discípulos: Maestro, ahora te buscaban los judíos para apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Jesus respondió: ¿No tiene doce horas el dia? Si alguno anduviere de dia, no tropieza porque ve la luz de este mundo; mas si anduviere de noche, tropieza porque no tiene luz. (San Juan, XI, 1 á 10).”

Segun la opinion de algunos comentadores, Jesus compara con el dia el tiempo que debia pasar en la tierra conforme á los decretos de su Padre. En este tiempo no podia perder la vida hasta que llegase la hora de las tinieblas, en la cual debia la tierra perderle á él que era la *luz del mundo*; pero me parece que estas palabras *no tiene luz, ó la luz no está en él* (traduciendo literalmente la frase de la Vulgata: *Lux non est in eo*) no autorizan aquella explicacion, y creo que Jesus queria enseñar á sus discípulos, que *el que anda en la luz*, es decir, el que anda delante de Dios y trabaja en los negocios de su vocacion (principalmente la mas santa y sublime de todas, que es la de procurar la gloria de Dios y el bien de las almas) debe estar gozoso y consolado, y

(*) Para que despues se descubriese mas la grandeza del milagro: y para confundir con esto la incredulidad de los judios. Si hubiera estado presente, ¿cómo hubiera podido negar á las lágrimas y ruegos de las dos hermanas la curacion de Lázaro? pero queria restituírle la vida y no la salud. Si el Señor tarda, esperémosle con paciencia y resignacion. Si dilata concedernos las gracias que le pedimos, es para probar nuestra fé, y para concedérmolas despues mayores. (Nota del Ilmo. Scio al cap. XI de San Juan).

no temer ningun peligro. Todo el que no anda en la luz, tropieza aun cuando no lo eche de ver; al paso que el justo no tiene nada que temer, ni en cuanto al alma, ni en cuanto al cuerpo, con tal que ande en la luz. Si llega á morir, irá á descansar en los brazos de su Padre celestial, y vivirá aunque haya muerto, segun lo dice Jesus á Marta en este mismo capítulo.

“Esto habló, y despues les dijo: Lázaro nuestro amigo, duerme; pero voy para despertarle de su sueño.”

¡Nuestro amigo! ¡qué expresion tan afectuosa! El nuestro en cuanto á los discípulos, el *amigo* en cuanto á Lázaro.

“Dijéronle, pues, sus discípulos: Señor, si duerme sanará. Jesus habia hablado de su muerte; pero ellos creian que hablaba del sueño. Entonces les dijo claramente Jesus: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creais; pero vamos á buscarle. Dijo, pues, Tomás llamado Didimo, á sus condiscípulos: Vayamos tambien nosotros para que muramos con él (*). Llegó Jesus y halló que aquel estaba ya en el sepulcro hacia cuatro dias (y distaba Bet-

(*) Puesto que está resuelto á ir, y le buscan para matarle, vamos tambien nosotros á morir con él. Al mismo tiempo que muestra este santo apóstol un grande ardor en seguir á su Maestro, se descubre que su fé no estaba aún bien arraigada; porque se imaginaba que los judíos podrian hacer morir al Señor, aunque no quisiese. Fuera de que estas palabras, que tienen un aire de movimiento heróico de querer sacrificar su vida por amor de su Maestro, encierran en el fondo un espíritu de desconfianza, de incredulidad, y aun de pretender disuadir á los otros que le sigan; fué:

hania de Jerusalem, unos quince estadios) (1). Muchos de los judíos habian ido á consolar á Marta y María por la muerte de su hermano. En cuanto supo Marta que iba Jesus, le salió á recibir; pero María se quedó quieta en su casa. Dijo, pues, Marta á Jesus: Señor, si tú hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero aun ahora sé que todo lo que le pidieres á Dios, te lo dará Dios. Dícele Jesus: Tu hermano resucitará. Y Marta le dice: Sé que resucitará en la resurreccion del último dia. Díjole Jesus: Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí, aun cuando hubiere muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá nunca jamas. ¿Crees esto? Y ella le dijo: Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. Y habiendo dicho esto, se fué y llamó á su hermana María en secreto, diciendo: El maestro está ahí, y te llama. En cuanto ella lo oyó, se levantó prontamente y fué á buscarle, porque aun no habia llegado Jesus al pueblo, sino que estaba en el sitio donde le habia encontrado Marta. Los judíos, pues, que estaban con ella en su casa y la consolaban, viendo que María se levantó de pronto y salió, la siguieron diciendo: Va al sepulcro para llorar. Cuando María llegó adonde

como hacer el último esfuerzo para obligarle á desistir del intento de querer volver á la Judea (v. 8). Estas imperfecciones que vemos en los apóstoles, sirven para realzar mas la virtud, eficacia y plenitud de gracia que vino sobre ellos. (Nota del Illmo. Scio al cap. XI de San Juan).

(1) Es decir, media legua larga, ó tres cuartos de hora escasos de distancia.

estaba Jesus, viéndole se echó á sus piés y le dijo: Señor, si tú hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Jesus como la vió llorando, y á los judíos que habian ido con ella, llorando tambien, se conmovió interiormente y se turbó y dijo: ¿Dónde le habeis puesto? Respondiéronle: Señor, ven y ve. Y lloró Jesus. Dijeron, pues, los judíos: Ved cómo le amaba. Mas algunos de ellos dijeron: Este que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no podia hacer que no muriese Lázaro? Jesus, pues, conmoviéndose otra vez interiormente, llegó al sepulcro: era éste una cueva, y estaba cubierta con una piedra: Jesus dijo: Levantad la piedra. Mas Marta, la hermana del que habia muerto, le dice: Señor, ya corrompe, porque tiene cuatro dias (*). Díjole Jesus: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? Levantaron, pues, la piedra, y Jesus levantando los ojos al

(*) Marta parece que no habia comprendido todavía cuál fuese el designio de Jesucristo, creyendo que el mandar que quitasen la losa, era para tener el consuelo de verle; y por eso procuraba con buenas razones apartarle de este intento, por excusarle la molestia de percibir el mal olor, que naturalmente echa de sí un cuerpo muerto despues de cuatro dias de enterrado. Pero parece mas cierto que la confianza que hasta entonces habia mostrado Marta, comienza á vacilar luego que percibe el hedor que se exhala del cadáver. Ah, Señor, ya no es tiempo de pensar en restituirle la vida, porque ha comenzado ya todo á corromperse. Con esta exposicion conviene mejor lo que el Salvador le responde. Otro caso igual nos ofrece San Pedro, cuando intrépido caminaba sobre las aguas, que en la hora que comenzó á hundirse, le abandonaron su esperanza y su fé: Dios para enseñanza nuestra, permite que la fé aun de los mayores santos, se vea algunas veces expuesta á extraños síntomas. (Nota del Illmo. Scio al cap. XI de San Juan).

cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Bien sabia yo que tú me escuchas siempre; pero por el pueblo que me rodea, he dicho que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto, gritó en alta voz: Lázaro, sal fuera. Y al punto salió el que habia muerto, atados los piés y las manos, y cubierto su rostro con un sudario (*). Jesus les dijo: Desatadle y dejadle andar.

“Muchos de los judíos que habian ido á casa de María y Marta, y visto lo que habia hecho Jesus, creyeron en él; mas otros fueron á buscar á los fariseos, y les dijeron lo que habia hecho Jesus. Congregáronse, pues, los pontífices y fariseos, y decian: ¿Qué hacemos? porque este hombre obra muchos prodigios. Si le dejamos

(*) Aquí se vió un doble milagro; porque no solamente resucitó Lázaro á la voz del Autor de la naturaleza, sino que atado como estaba, salió del sepulcro, quitando de este modo á los judíos todo pretexto de poder dudar del milagro, ó de calumniarle de que habia usado de alguna ilusion para engañarlos. Y por esta razon mandó que ellos mismos le desatasen, para que reconociesen si era verdad que estaba vivo, y que realmente andaba por su pié, el que hacia cuatro dias que estaba enterrado, y con señas indefectibles de haber muerto. La manera de amortajar que acostumbraban los judíos, era cubrir con un lienzo la cabeza y la cara del difunto, y envolvian el resto del cuerpo con un paño ó sábana, que fajaban con muchas vendas, desde las espaldas hasta los piés.

Esta imagen sensible de la muerte y de la resurreccion de Lázaro, nos representa cuán difícil es que el pecador que está agobiado bajo el peso y hábito de sus pecados, se levante por último y resucite á la gracia; y cuán poderosa es necesario que sea la voz interior de esta gracia, que le ha de restituir la vida. (San Agustin). La palabra *solvite*, creen muchos que fué dicha á los apóstoles. (Nota del Illmo. Scio al cap. XI de San Juan).

así (*), todos creerán en él, y vendrán los romanos, y tomarán nuestra ciudad y nuestra nacion. Mas uno de ellos llamado Caifás, que era el pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabeis nada, ni considerais que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no perezca toda la nacion. Mas no salió esto de él, sino que siendo pontífice en aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion (**), y no solo por la nacion, sino

(*) Si dejamos á este hombre, que siga predicando y haciendo milagros, todo el mundo creerá en él, y no en nosotros. Le reconocerá por rey, y los romanos para castigar esta rebelion, volverán sus armas contra nosotros, y nos exterminarán del mundo. ¿Cómo discurren de este modo los que esperaban un Mesías, que segun su opinion, los habia de restituir á su antigua libertad, despues de haberlos hecho triunfar de todos sus enemigos? Se ve claramente, que no hablaban con sinceridad, ni por el interés de la nacion, y que tan solamente aspiraban por todos los medios que les dictaba su envidia, á que el pueblo no reconociese á Jesus por el Mesías. Pero sucedió todo lo contrario; porque queriendo impedir el exterminio de su nacion, y la ruina de su ciudad con la muerte de Jesucristo, fué esta justamente la causa de su total dispersion, y de la entera desolacion de Jerusalem, quedando privados á un mismo tiempo del reino temporal, que tenían perder, y de la vida eterna, en que no pensaban. (*San Agustin*). (Nota del Illmo. Scio al cap. XI de San Juan).

(**) Dios, que habia acostumbrado hablar á su pueblo por la boca del sumo sacerdote, dirigió en esta ocasion la lengua y el espíritu de Caifás, para que pronunciase un oráculo, cuyo verdadero sentido él mismo no entendia. El habló de sí mismo, que convenia quitar de en medio, y hacer morir á aquel hombre, para que por su causa no pereciese toda la nacion; y este consejo le fué sugerido por una falsa política, que le dictaba que debía ser oprimido un inocente por un peligro remoto é imaginario. Mas no habló de sí mismo la verdad del misterio, que comprendian estas mismas palabras, esto es, que el Hijo de Dios hecho hombre, debía morir para salvar al universo. Y así, el Señor se sirvió de la boca de Caifás, co-

para congregar en uno á los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde aquel dia pensaron en matarle. Mas Jesus no se presentaba ya en público entre los judíos, sino que se fué á una comarca junto al desierto, á una ciudad llamada Efrem (1), y allí habitaba con sus discípulos. Y estaba próxima la pascua de los judíos, y subieron muchos de aquella comarca á Jerusalem antes de la pascua para santificarse. Buscaban, pues, á Jesus y decian entre sí en el templo: ¿Qué pensais de que no ha venido á celebrar la fiesta? Mas los pontífices y fariseos habian dado orden de que si alguno sabia dónde estaba, lo declarara para prenderle. (*San Juan, XI, 11 á 56*)."

Caifás era un hombre malo; pero era el sumo sacerdote, y dió un consejo de muerte sin saber que sus palabras encerraban una profecía, y una profecía que anunciaba á Jesus de Nazaret como el Mesías prometido al mundo.

El templo era todavía santo, por indignos que fuesen los ministros del santuario. Los sacrificios figurativos eran todavía valederos mientras no fuese inmolado el

mo en otro tiempo de la de Balaam, para profetizar el misterio inefable de nuestra redencion. Al mismo tiempo quiso el Señor darnos á entender, cuánto respeto se debe á sus ministros, y á los que están en su lugar, aunque sean malos y perversos, pues así honró el mismo Señor la dignidad de que están revestidos, y el lugar que ocupan en su nombre. (*Santo Tomás*). (Nota del Illmo. Scio al cap. XI de San Juan).

(1) Efrem ó Efraim, lugar ó ciudad corta que distaba unas ocho leguas de Jerusalem.

Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Aquellas palabras de Caifás fueron sin duda la última inspiración profética de la antigua alianza. El velo misterioso cubría aun el santo de los santos; pero pronto debía rasgarse como una señal de que el Pontífice eterno había entrado una vez para siempre en aquel sagrado recinto.

Este acontecimiento no deja ninguna duda al lector que reflexiona sinceramente, y cuyo corazón no está prevenido contra la doctrina de Jesús. Bethania, donde se obró este milagro, no distaba tres cuartos de hora del camino de Jerusalem. Allí enferma Lázaro, y sus hermanas se lo participan á Jesús. Este permanece todavía dos días en el lugar donde recibe la noticia, y luego dice á sus discípulos, que su amigo había muerto, y que iba á resucitarle, y pasando el Jordan, se dirige á Bethania. Aquí ve á muchos judíos, es decir, judíos distinguidos que habían ido á consolar á las hermanas del difunto. Cuatro días hacia que Lázaro estaba en el sepulcro, formado de una cueva cortada en la peña y cubierta de una piedra. A presencia de las hermanas, de los amigos y del pueblo reunido, el Salvador llama al muerto del sepulcro. El gran consejo de Jerusalem se reúne, y Caifás discurre un arbitrio muy natural en su carácter, y profetiza sin saberlo como sumo sacerdote. Jesucristo se retira por breve tiempo; pero pronto le veremos volver para celebrar la última pascua. Seis días antes de la fiesta come en Bethania, en casa de un hom-

bre llamado Simon, y Lázaro come con él. Gran multitud del pueblo va de Bethania á verle á él y á Lázaro, y al día siguiente cuando marchó á Jerusalem, salió á recibirle un gran gentío tendiendo palmas por el camino, y saludándole como rey de Israel. Mas él entró montado en un asno, según lo había anunciado el profeta Zacarías (cap. IX, v. 9) quinientos y cincuenta años antes. ¡Qué concordancia de hechos en que no cabe ilusión, y en que los testimonios son tan importantes como numerosos (1)!

CAPITULO XXIX.

TERCERA PREDICCIÓN DE LA MUERTE DE JESUCRISTO.

PETICIÓN DE LOS HIJOS DE ZEBEDEO.

“Y subiendo Jesús á Jerusalem, iba delante de ellos y estaban atónitos y le seguían con temor. Y Jesús llamando otra vez aparte á los doce, comenzó á decirles lo que había de sucederle: Ved que vamos á Jerusalem, y el Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas y á los ancianos, y le condenarán á muerte y le entregarán á los gentiles (*), y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le matarán, y resucitará al tercer día. Y ellos no compren-

(1) Léase lo que escribió Duguet sobre esto, en su excelente *Tratado de los principios de la fe cristiana*.

(*) A Pilatos y sus ministros, que eran romanos y gentiles. (Nota del Illmo. Scio al cap. XX de San Mateo).

dieron nada de esto, y esta palabra estaba oculta para ellos, y no entendian lo que les decia. (San Mateo, XX, 17 á 19, San Márcos, X, 32 á 34, y San Lucas, XVIII, 31 á 34)."

"Entonces se acercó á él la madre de los hijos de Zebedeo con éstos, adorándole y diciendo: Maestro, queremos que nos hagás todo lo que pidiéremos. Y él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Y dijeron: Concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno á tu derecha y otro á tu izquierda. Mas Jesus les dijo: No sabéis lo que pedís (*): ¿podeis beber el cáliz que yo bebo, ó ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y le dijeron ellos: Podemos (**). Mas Jesus les dijo: Pues beberéis el cáliz que yo bebo, y sereis bautizados con el

(*) El Señor hace ver á sus discípulos, que el pensamiento todo terreno que tenían, era indigno de su reino, y que no sabian lo que se pedian. Vosotros me habláis, les dijo, de dignidades y coronas; y yo al contrario, os hablo de combates y de sufrimientos. No es aquí el lugar ni el tiempo de recompensas, sino de peligros, de guerra y de muerte. Y así, verdaderamente no sabian lo que se pedian; porque no conocian, que el reino de Jesucristo era todo espiritual, y todo diferente de los de la tierra, ni que el camino para llegar á sus primeros puestos, era diverso del que ellos se figuraban. *San Chrysóstomo.* (Nota del Illmo. Scio al cap. XX de San Mateo).

(**) Ellos, sin detenerse, respondieron, que podian; ó porque no entendieron de qué cáliz hablaba el Señor, ó si lo entendieron, porque esto les servia de mérito para conseguir los asientos que pretendian. Pero del mismo modo que antes habian pedido neciamente, así ahora prometen sin reflexion, y sin saber lo que se prometen; y estos mismos son los que poco antes manifestaron tanto temor, cuando el Señor les declaró que iba á Jerusalem á padecer. (Idem idem).

bautismo con que yo soy bautizado; mas el sentaros á mi derecha ó á mi izquierda, no me toca á mí concedéroslo á vosotros (*), sino á aquellos para quienes está preparado por mi Padre. Y oyéndolo los otros diez, empezaron á indignarse contra Santiago y Juan. Mas llamándolos Jesus les dijo: Vosotros sabéis que los que son considerados como príncipes en las naciones, las dominan, y los que son mas grandes, ejercen potestad sobre ellos. Mas no es así entre vosotros, sino que cualquiera que quisiere hacerse mas grande, será vuestro siervo, y cualquiera que quisiere ser el primero entre vosotros, será el siervo de todos; porque el Hijo del hombre no ha venido para ser servido sino para servir, y dar su vida.

(*) En el texto griego falta á vosotros. En estas palabras les da á entender el Señor, que si ellos le consideraban solamente como hombre y como pariente suyo, segun la carne, la sangre y el parentesco no podian tener algun derecho en la distribucion de aquellos puestos honoríficos, tales como ellos se los figuraban: y que así, no le tocaba á él, si le contemplaban de esta suerte. Cuando dice, que el dar aquellas sillas pertenece á su Padre, no pretende por esto separarse de él en cuanto á su divinidad, como si juntamente no tuviesen el mismo poder; sino que queria hacer comprender á sus apóstoles, que no pertenecia á este hombre, que ellos veian y miraban como pariente suyo, distribuir á los justos los diversos grados de gloria y de recompensa, sino á Dios, que de toda eternidad le habia predestinado como hombre para ser Hijo de Dios, como dice San Pablo (*Roman.*, 1, 4), y que tambien, como añade el mismo (*ibid.*, VIII, 29, 30), ha predestinado, llamado, justificado y glorificado á aquellos que él ha conocido en su presencia, y destinado para que sean conformes con la imagen de su Hijo, estableciendo en su Iglesia primeramente apóstoles, despues profetas, etc. (Nota del Illmo. Scio al cap. XX de San Mateo).

en redencion por muchos (*). (San Mateo, XX, 20 á 28, y San Márcos, X, 35 á 45)."

CAPITULO XXX.

CURACION DEL CIEGO DE JERICÓ.

"Y sucedió, que acercándose á Jericó, estaba sentado un ciego á orillas del camino, y pedia limosna; y oyendo la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello. Dijéronle, pues, que pasaba Jesus Nazareno, y él gritó diciendo: Jesus, Hijo de David, apiádate de mí. Y los que iban delante, le reprendian para que callase; pero él gritaba mucho mas: Hijo de David, apiádate de mí. Jesus deteniéndose, mandó que se le trajeran; y cuando se hubo acercado le preguntó: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que vea. Y le dijo Jesus: Ve: tu fé te ha salvado. Y al instante vió, y le seguia glorificando á Dios; y todo el pueblo que lo vió, alabó á Dios. (San Lucas, XVIII, 35 á 43)."

CAPITULO XXXI.

SATISFACCION DE ZAQUEO.—PARABOLA DE LAS DIEZ MINAS DE PLATA.

"Y habiendo entrado Jesus en Jericó, se paseaba por la ciudad, y he aquí que se presenta un hombre llama-

(*). El griego: *precio de rescate por muchos*. Esto es, por todos. (Matth. XXVI, 28. Roman., V, 15, 19). (Nota del Ilmo. Scio al cap. XX de San Mateo).

do Zaqueo, que era gefe de los publicanos, y rico tambien, y procuraba ver á Jesus para conocerle, y no podia, á causa del gentío, porque era bajo de estatura. Y adelantándose, corrió para subirse á un sicomoro para verle, porque habia de pasar por allí. Y llegando Jesus á aquel parage, levantó los ojos al árbol, y le vió y le dijo: Zaqueo, bájate aprisa, porque es preciso que hoy me aposente yo en tu casa. Y se bajó aprisa y le recibió gozoso. Y todos los que lo vieron, murmuraban diciendo, que habia ido á parar á casa de un pecador. Mas Zaqueo presentándose al Señor le dijo: Señor, yo doy la mitad de mis bienes á los pobres, y si he defraudado á alguién, restituyo cuatro tantos mas. Dijole Jesus: Esta casa ha recibido hoy la salud, porque éste tambien es hijo de Abraham; pues el Hijo del hombre ha venido á buscar y salvar lo que se habia perdido.

"Como ellos estaban atentos, añadió esta parábola, porque estaba cerca de Jerusalem, y juzgaban que se manifestaria pronto el reino de Dios. Dijo, pues: Un hombre noble marchó á una region remota á tomar posesion de un reino y volver. Y habiendo llamado á diez de sus siervos, les dió diez minas (1) y les dijo: Ne-

(1) La mina, porque así está escrito en el original, era un peso y una moneda de plata: se componia de diez dracmas. Habia muchas especies de dracmas y minas. Aquí se habla verosímilmente de la mina ática que valia unas veces ciento treinta, y otras doscientos diez reales, poco mas ó menos de nuestra moneda, porque la dracma ática tuvo diferentes valores en diferentes épocas.